

TESTIGO DIRECTO

RUMBA DE DOLOR Y LUTO

ÍÑAKI ELLAKURÍA
FOTO: ANTONIO HEREDIA

BULLANGUERA Y MESTIZA. Rebelde tantas veces sin causa y con el punto canalla de las ciudades portuarias intacto, el silencio y la soledad que un virus surgido de las tripas de una tiranía ha condenado a Barcelona y al mundo no puede ser visto como una señal de claudicación de una urbe que exhibe orgullosa su anarquía de diseño, sino como una muestra de reconocimiento por los caídos. Al aceptar este obediente confinamiento que les es contra natura, acostumbrada ella al callejeo extramuros, encuentra la humilde manera de homenajear a esa «tercera edad» tanto tiempo aparcada en unas residencias que no eran otra cosa, descubrimos ahora con hipocrita aflicción, que trampa mortales. Si hay un período en el que la capital catalana se muestra como una joven dama de encantos irresistibles, hasta convencerte de que nunca podrás alejarte de ella pese al escozor que provoca el virus del nacionalismo y la identidad, es al brotar los primeros síntomas de la primavera mediterránea. Blanca luz, temperaturas templadas, el volar frenético de las golondrinas, la llamada

de la playa.. De Barcelona y sus pérgolas a la eternidad, como fantaseaba el Pijoaparte mientras perseguía por las tardes a Teresa, o inmortalizaba en verso Gil de Biedma, confinado en la oficina de Tabacos de Filipinas, edificio reconvertido en uno de los incontables lujosos hoteles que, abandonados a la carrera por la amenaza del coronavirus, nos recuerdan un esplendor de coctel al anochecer y divisas extranjeras que sabe Dios cuándo volverá. La Barcelona de «las mil caras» que cantó Serrat es hoy una ciudad irreconocible a ojos del caminante accidental, que intenta evitar el multazo policial. Si en el Paseo de Gracia, Campos Eliseos de bolsillo huérfanos de turistas, las tiendas de lujo cerradas a cal y canto parecen un chiste de mal gusto, en las Ramblas, territorio canalla de amores furtivos, vagabundos *inmunes* al Covid-19 se proclaman príncipes de las mareas. Remanso de paz en el secreto rincón de Sant Felip Neri, mientras en una Plaza Real enseñoreada por gaviotas surge de las entrañas del Sidercar la estrofa de la vieja canción de Lloquillo, «en Barcelona ciudad, tu infancia muy atrás, tu juventud se perdió entre canción canción...», y la sombra del Watsumi de Casavella se confunde con la de un joven con greñas, chupa y litrona, tele transportado de los tiempos sin pandemia, mientras bulbucea lo que parece una rumba de dolor y luto.



Ciudad vivida tanto tiempo de espaldas al mar, hasta la revolución de los Juegos Olímpicos de 1992, la playa del barrio de la Barceloneta, donde todavía se venera en secreto a Bambino, con sus chiringuitos, restaurantes y olor a paella, fue y volverá a ser lugar de encuentro de turistas, soñadores sin rumbo y sirleros



Era la plaza de San Felipe Neri uno de los grandes secretos guardados por el barcelonés, hasta que el turismo de aluvión, ahora añorado como tantas cosas del viejo mundo, acabó también conquistando este refugio de paz, junto a la catedral y custodiado durante siglos por las estrechas calles del viejo barrio judío



La Pedrera de Gaudi, estos días huérfana de los turistas que la fotografiaban sin descanso, contempla el desértico Paseo de Gracia, unos coquetos Campos Eliseos de bolsillo que en los años del proceso independentista, entre prohibitivas tiendas de lujo, se transformaron en escenario de las grandes manifestaciones

LOS PUE TAMBIÉN SE LEEN